

50 AÑOS / 50 ACCIONES: **El sustento colectivo, comunitario y** **activista del arte político en Concepción**

Carolina Lara Bahamondes

Periodista, curadora e integrante de Mesa8

Abstract

El texto explora cómo el territorio, marcado por luchas sociales, ambientales y políticas, ha sido escenario de expresiones artísticas comprometidas desde un sustento colectivo, comunitario y participativo, con el cuerpo como herramienta de reivindicación y conexión. Desde el movimiento cultural de los años 50 y 60 en Concepción hasta el arte en resistencia en dictadura, desde la conmemoración de los 40 años del golpe de Estado en 2013 con “40 Años / 40 Acciones” hasta el ciclo “50 años / 50 acciones” en 2023, se destacan iniciativas que interpelan los espacios públicos y resignifican la memoria histórica. Estas actividades reflejan la persistencia de las heridas de la dictadura, el impacto del neoliberalismo y los desafíos actuales frente a las desigualdades sociales y la avanzada de la ultraderecha con su ideología negacionista. El texto examina prácticas de artistas y colectivos que, a través de performance, intervenciones urbanas y espacios de encuentro, enfrentan la violencia política, reivindican al territorio amenazado y construyen narrativas de resistencia. Desde una perspectiva descentralizada, estas acciones conmemorativas trascienden el ámbito del arte y buscan movilizar la micropolítica desde la memoria colectiva hacia el futuro, revelando el poder transformador del arte como vehículo para la justicia social y la conexión comunitaria.

Concepción es un territorio donde parecen dialogar muy bien, muy profundamente, su historia social, política y simbólica con la densa presencia del cuerpo: el cuerpo indígena, el cuerpo obrero, el cuerpo mujer, el cuerpo disidente, el cuerpo artista, el cuerpo colectivo. Lxs cuerpxs que por aquí han resistido y siguen dejando su huella en una trama de tensiones, de capas de sentidos que persisten como ecos y señales a través del paisaje urbano y natural. El río Biobío lo marca como monumental presencia de agua que –de cordillera a mar– corre extendiendo sus venas y afluentes por toda una zona del sur de Chile originalmente habitada por los pueblos pehuenche, mapuche y lafkenche. El gran río carga con el violento encuentro entre el mundo indígena y el conquistador español, frontera del país naciente con Wallmapu y señal de una lucha que persiste adoptando hasta hoy el enemigo distintos nombres y formas: colonialismo, patriarcado, neoliberalismo, extractivismo, así como la memoria oscura y dolorosa de la dictadura.

Concepción o el Gran Concepción, como si de un monstruo que crece se tratara, fue también territorio de un cordón industrial que durante el siglo XX trenzó el desarrollo de una economía proteccionista con la épica sindical y la expansión de las izquierdas que llegaron a abrazar la utopía del cambio social. Entre 1970 y 1973, con el gobierno de la Unidad Popular y Salvador Allende a la cabeza, el ideario revolucionario atravesó todo ámbito, todo orden de cosas, con una feroz oposición desde los sectores conservadores, la derecha política y el poder económico nacional e internacional. La bota militar nunca pisoteó tan implacablemente. Con el golpe de Estado se instaló una política de detención, tortura, desaparición y muerte, que con especial fuerza aquí buscó silenciar rotundamente el ímpetu del pueblo.

A medio siglo de ese acontecimiento radical, los lugares de memoria, los centros de detención, los espacios que fueron campos de batalla y resistencia, trazan un escenario que se amplía geográficamente en el Biobío desde otros enfrentamientos, de las comunidades locales y organizaciones ciudadanas contra las forestales, las inmobiliarias, la industria pesquera y proyectos que evidencian un cambio en la producción energética en beneficio más bien de las grandes empresas y transnacionales. Luchas que se amplifican frente a amenazas en términos de derechos, de desigualdades y control social.

Arte comprometido y resistencia cultural

En toda esta historia, han emergido desde lo local artistas, colectivos y espacios comprometidos con el devenir de su tiempo y las necesidades de cambio. Ha habido así instantes de fuerte militancia que han implicado una intensificación en el quehacer artístico y cultural, como –por ejemplo– en los años 50 y 60, cuando vivíamos como país las tensiones propias de la Guerra Fría y procesos que implicaban lo identitario y la lucha de clases.

Por entonces, el crecimiento industrial en la zona y el rol de la Universidad de Concepción, fundada en 1919 por un grupo de ciudadanos con el fin de promover el desarrollo cultural, científico y social en la región y el sur del país, fueron germen de un movimiento que creció desde espacios como la Escuela de Bellas Artes, de la Sociedad de Arte de Concepción, con la presencia de artistas como Julio Escámez, Santos Chávez, Rafael Ampuero y Pedro Millar, entre otros maestros del grabado y el muralismo. Junto a la fundación de instituciones como la Casa del Arte José Clemente Orozco de la Universidad de Concepción (1961 - 1967), donde el mexicano Jorge González Camarena pintó el mural Presencia de América Latina, estaba la labor del mítico TUC o Teatro de la UdeC (1945 - 1973) y de las Escuelas de Verano de la misma universidad, dirigidas por el poeta Gonzalo Rojas entre 1961 y 1966. El plantel era un claro epicentro cultural y político, desde donde se fortalecían al mismo tiempo agrupaciones como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

A esta efervescencia obedeció seguramente el encono con que operó aquí la dictadura, como también lo que ocurrió avanzando los años 70, en su momento más oscuro: focos de resistencia cultural que fueron aglutinando sectores, permitiendo recuperar el tejido social y contribuir poco a poco –durante la década siguiente– al proceso de recuperación de la democracia.

En la UdeC habían cerrado carreras consideradas seguramente como un peligro para el avance de las ideologías de izquierda, entre estas instancias, el Instituto de Arte que abrió en 1972 y del que sólo se mantuvo el Departamento de Artes Plásticas y Visuales. De este espacio académico surgieron algunas de las primeras obras y acciones de artistas que se sintieron llamados/as a la activación política, lo que fue provocando el desborde de los cánones tradicionales, la experimentación técnica, los

desplazamientos del grabado hacia lo público a través de estrategias de reproducción gráfica, así como la presencia del cuerpo desde lo performático, lo colectivo, lo colaborativo y relacional. Estas manifestaciones se fueron potenciando en la urgencia por conectar con otras colectividades que se levantaban con similar ímpetu desde la poesía, la música y las artes escénicas, estando cada vez más presentes en espacios comunitarios y en la ciudad.

Las acciones de arte e intervenciones gráficas del ColectivoArte80 son un ejemplo, agrupación que conformaron Pilar Hernández, Manuel Fuentes, Germán Araos, Sebastián Burgos e Iván Cárdenas: como la portada de un ficticio diario, La Octava de la Hora, que llevaron a las calles del centro de Concepción con mensajes de un sentido político velado tras la ironía. Similar estrategia emplearon Iván Díaz y Ricardo Pérez, del Taller Marca, en afiches como Ninguna calle llevará tu nombre o Si vas para Chile, Orden y Patria. El cruce entre teatro del silencio, performance y acción de guerrilla se expresaba en las obras que instalaban en la ciudad creadores como Roberto Pablo, Ricardo Sepúlveda, Miguel Parra y el poeta Alexis Figueroa del Teatro Urbano experimental o TUE.

Todxs estxs artistas y muchxs más conformaron en 1984 la Agrupación Democrática de Artistas o ADA, que tuvo objetivos gremiales, artísticos, de derechos humanos y de acción política, con miembros que se auto reconocían más bien como trabajadoras/es culturales. Desde este hito se amplificó el ámbito de acción hacia otros espacios y organizaciones poblacionales, políticas, gremiales, estudiantiles, de mujeres y de derechos humanos.

Esta es una historia que en los años 90 –con el fin de la dictadura y la llegada de la democracia– tuvo un vuelco radical, volviéndose protagonista de la escena artística una pintura romántica, despolitizada y comercial. El ímpetu revolucionario y de utopía se desvaneció tras los acuerdos político - militares - económicos, que dieron continuidad al modelo junto a débiles políticas de reparación y justicia por los casos de violaciones a los derechos humanos. Sólo algunos sectores supieron leer más a fondo que la llamada transición democrática era una mentira. Ecos de resistencia persistieron en artistas como Miguel Parra, Lorena Muñoz y Guillermo Moscoso, que por entonces comenzaron a trabajar desde las disidencias y el activismo en el contexto del VIH/sida y de lxs otrxs cuerpxs que sufren la marginalidad, el abandono

y la violencia de Estado.

Recién avanzados los años 2000, se hizo más presente en la zona una producción que fue retomando el uso de espacios más vinculados al territorio y lo comunitario, fuera del taller y de la academia, haciendo uso de la calle, la ruina, el paisaje y de una colectivización de las prácticas contemporáneas, así como del cuerpo situado, es decir, contextualizado por las circunstancias sociales, históricas y físicas. Estábamos dando por superada la postdictadura y la transición democrática, sin embargo, algo no estaba funcionando bien; crecían las desigualdades económicas, sociales, en educación, y el sentimiento de injusticia y lucha mantenía aún vivas a las organizaciones por la memoria y los derechos humanos de la dictadura.

En este contexto, se hicieron visibles artistas e iniciativas como Oscar Concha, Carlos Valle y el periódico Animita; Cristián Muñoz y David Romero, con revista PLUS; Leslie Fernández, Natascha de Cortillas, Claudio Bernal, Alejandro Delgado, Fabián Espinoza y Carolina Maturana, entre otros/as artistas que conformaron Mesa8; así como las performances de Guillermo Moscoso, Luis Almendra o Álvaro Pereda Roa (Alperoa); o las intervenciones de República Portátil (Luis Felipe Maureira, Julio Suárez, Valentina Torres y Andrés Moreno), entre otros/as.

40 Años/Sur: El golpe y sus réplicas

Un evento que vuelve a conectar esta historia del arte en Concepción con su sustento político y, desde lo político, con lo colectivo y colaborativo, fue –en 2013– la conmemoración de los 40 años del golpe de Estado. “40 Años/Sur: El golpe. Réplicas, resistencias y memorias en diálogo” fue un encuentro levantado desde la UdeC por diversos grupos de investigación y organización docente y estudiantil: el Bloque de Ciencias; la Asamblea de Investigadores de Posgrado; el Grupo de Investigación Transdisciplinario en Estudios Culturales y Teoría Cultural Contemporánea UdeC; el Programa Multidisciplinario de Estudios de Género; el Grupo Interdisciplinario de Investigación en Patrimonio(s), Memoria(s) y Territorio(s); Contrainformación FEC (Federación de Estudiantes de la UdeC); el Departamento de Artes Plásticas y el Magíster en Arte y Patrimonio, de la Facultad de Humanidades y Arte.

A través de mesas reflexivas, charlas y presentaciones de documentales, el

encuentro realizado del 2 al 6 de septiembre de ese año tuvo una impronta académica, abordando aspectos como el enfoque de género, problemáticas de archivo, los medios de comunicación, la relación cuerpo/ciudad y la institucionalidad científica, sumando un llamado a artistas y colectivos a realizar intervenciones de arte en el espacio público, a través de “40 Años / 40 Acciones”, coordinado por la artista visual y docente, Natascha de Cortillas.

Este ejercicio de memoria y reflexión colectiva sobre el impacto de la dictadura en lo local tuvo una perspectiva histórica que –en la convocatoria de intervenciones– integró un componente estético, simbólico y de acción fuera de los márgenes académicos. La invitación permitió visibilizar lugares violentados por la dictadura y de resistencia, recintos oficiales y clandestinos. Sabiendo que hay espacios y acontecimientos que se desvanecen, mientras otros emergen, quisimos también comprender los procesos recientes.

En 2006 y 2011 ocurrieron, respectivamente, dos momentos de una movilización estudiantil que removi6 los cimientos del sistema neoliberal y su educación de mercado. El terremoto de 2010, que afect6 a gran parte del sur de Chile y particularmente a la regi6n del Biob6, extrem6 las desigualdades, la marginalidad y precariedad de algunos sectores, comunidades y localidades. Las r6plicas de estos acontecimientos evidenciaban c6mo los gobiernos democr6ticos hab6an sido continuadores y administradores del modelo, con medidas de reparaci6n insuficientes, con operaciones de olvido y una perpetuaci6n de la violencia pol6tica. La herencia de la dictadura persist6a.

¿C6mo lxs cuerpxs convocadx encarnaron los 40 a6os con la conciencia de esta crisis?

La serie de acciones parti6 con un mapeo colectivo realizado en el foro de la UdeC que levant6 una suerte de cartograf6a expansiva de la dictadura, m6s all6 de la ciudad hacia Concepci6n como territorio. Lo que fue ocurriendo los d6as posteriores profundiz6 esa configuraci6n, indicando lugares que pueden pasar inadvertidos en el diario vivir, permitiendo territorializar la tragedia, resignificar los espacios violentados y resemantizar la ciudad.

Eran hitos predefinidos por la convocatoria, apuntando a sitios de algún modo reconocidos por su historia y el peso simbólico que los ha hecho recurrentes en contextos de movilización y protesta social, como la entrada de la Catedral de Concepción, donde se inmoló Sebastián Acevedo ante la detención de su hija María Candelaria y su hijo Galo, en 1983; la Plaza de la Independencia o los Tribunales de Justicia; la Vega Monumental, donde fueron acibillados miembros del MIR en la Operación Alfa Carbón; así como centros de detención y tortura, entre ellos, el estadio Ester Roa Rebolledo (por entonces estadio Regional), la ex cárcel de Chacabuco (sitio ocupado por un supermercado), la Base Naval y recintos de la ex CNI, de Carabineros o del Ejército, entre otros, configurando un entramado que completaron las propuestas de quienes participaron, atravesando el campus universitario o el centro de Concepción hacia Lota, Coronel, Tomé, San Pedro de La Paz y Talcahuano.

Artistas como Leslie Fernández, Guillermo Moscoso, Oscar Concha, Fernando Melo, Cristóbal Barrientos, Mila Berríos, Samuel Ibarra, Andrea Herrera, Romy Garcés, Oscar Gavilán, Paula Baeza, Luis Almendra y el colectivo Mesa8, entre otros, provenientes de Concepción, Santiago, Chillán, Valparaíso y Buenos Aires, participaron con performances, arte de acción, trabajo con archivos, artes visuales, música, lecturas poéticas, danza y caminatas. Se sumaron presentaciones por streaming desde México, a cargo de Senorita Ugarte y Edgard Ulloa Luján.

Las intervenciones transformaban la vivencia del transitar cotidiano, marcando el paisaje urbano o natural, indicando que algo ha ocurrido allí y que merecía ser recordado, algo oscuro por sus signos de dolor y búsqueda de sanación. No podíamos seguir de manera tan normal. El situarse, interceptar, dramatizar en sitios que se volvían conmemorativos, fueron acciones instaladas muchas veces sobre un sustento colaborativo y relacional, como si fueran “modos” obligados en contextos de emergencia, la necesidad de visibilizar, de decir y al mismo tiempo de establecer vínculos.

En medio de la distopía: 50 Años / 50 Acciones

Una amplificación de estos gestos se levantó, diez años después, para la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado. Con apoyo institucional (Seremi de las Culturas del Biobío, Corporación Cultural Artistas del Acero, Archivo de Artes

Visuales del Biobío - AVBB), "50 años / 50 acciones: Imaginando el porvenir" estuvo a cargo de Mesa8, agrupación con 16 años de trabajo intermitente en un cruce entre arte contemporáneo y comunidades, y que integran a la fecha Natascha de Cortillas, Andrea Herrera, Daniel Cartes, Eduardo Cruces, David Romero y quien escribe.

¿Qué significan 10 años más para observar nuevamente –desde el arte– este tremendo acontecimiento que no termina? ¿Cómo ha cambiado esta historia? ¿Cuál es su curso? ¿Qué queremos manifestar hacia el futuro?

Haciendo eco del ejercicio de memoria realizado en 2013, la invitación fue pensada para artistas y colectivos en vínculo con la región del Biobío, extendiendo los límites geográficos hacia la diáspora penquista, a participar con una acción o intervención en la esfera pública, así, en su más amplia acepción, considerando otros territorios y plataformas virtuales, siempre buscando identificar los lugares simbólicos o significativos asociados a la resistencia política en el Biobío. Junto a ello, se podían considerar espacios que han sido activados dentro de las movilizaciones y luchas sociales recientes, sitios donde la democracia se encuentre en peligro o espacios a emancipar, entre otros posibles de visibilizar.

En 10 años, vemos cómo aumentó y se intensificó el espectro de lucha y resistencia. Vivimos un convulso momento histórico determinado por las movilizaciones feministas de 2018, los crecientes focos de defensa territorial, la militarización de Wallmapu, el estallido social de 2019 y todo lo que aconteció posteriormente: la pandemia que nos replegó y encerró de manera global en 2020 y 2021, y dos procesos constitucionales fracasados que nos tienen aún con la misma carta fundamental de 1980, experimentando –pese a los ímpetus de cambio de hace unos años– una avanzada de las tendencias de ultraderecha que buscan instalar políticas de retroceso en ámbitos de derechos fundamentales así como el negacionismo frente a nuestra historia reciente.

La herencia de la dictadura nunca se mostró tan evidentemente profunda, ampliada, transversal. Hoy, han hecho eclosión las medidas de mercado que instaló y han determinado todo ámbito en la sociedad, como la educación, la salud, el trabajo, la vida en la ciudad, el cuidado medio ambiental. Potenciado por las campañas de comunicación de los poderes hegemónicos, que han instalado la delincuencia y el

narcotráfico como preocupaciones fundamentales, ha ocurrido un vaciamiento de la utopía al nivel del miedo y la estulticia que en lo social empuja a opciones políticas autoritarias.

“50 años / 50 acciones” tuvo un nivel de convocatoria que atrajo a diversidad de artistas y colectividades relevantes desde las artes visuales, la fotografía, desde lenguajes audiovisuales, de artes mediales o escénicos, desde grupos de investigación y desde los vínculos con organizaciones de memoria y derechos humanos. Con gran participación de mujeres, el intenso ciclo de intervenciones que se extendió de septiembre a diciembre de 2023 tuvo una potencia en lo estético y político que hizo brotar en diversos sitios y espacios de lo público las demandas colectivas de hace 50, 40 o 30 años, así como las actuales.

El llamado dibujó un “panorama” sobre la intensa actividad creativa que hay en la zona y pese a todo: a la precariedad del sistema artístico en provincia, a la falta de espacios de circulación, de apoyos; y, sin embargo, se fortalece un poder de autogestión y colectivización ya característicos en el tiempo, así como los cruces disciplinarios y la experimentación con los lenguajes estableciendo nexos en lo comunitario y lo público.

Sin duda de relevancia para la historia del arte local será la confluencia de cada una de las y los artistas participantes, entre ellas/os, Claudia Huenchuleo, Leslie Fernández, Carolina Opazo, María Lorena Figueroa, Elisa Balmaceda, Adriana Ravanal, Vania Caro, Lorena Muñoz, César Valencia, Pamela Navarro, Mila Berrios, Francisco Cancino, Lokas Juanas (Juanita Paz y Cristian Reinas) y AOIR Laboratorio Sonoro (Valentina Villarroel y Camila Cijka), con agrupaciones como Calaucán, Tetas Caídas, Colectivo de Acción Xilográfica José Domingo Gómez Rojas, Memoria Fílmica Pencopolitana, o Nandy Moglia & Cesantes Incesantes así como otras más recientes, Estudio Rara o el Colectivo Performático Artes Visuales, junto a organizaciones como Urdiendo Memorias y la Agrupación Colectiva y Femenina Revueltas Tralkaweñu. Se integraron virtualmente artistas desde Estados Unidos, Bruselas y Santiago, como Oscar Gavilán y Cristian Valenzuela.

Desde una perspectiva regional y descentralizada, se amplió el territorio intervenido en Concepción, a través de los sitios simbólicos y de memoria de siempre (el estadio,

la ex cárcel, la Catedral, la plaza, Tribunales, la UdeC), hacia Tomé, la isla Quiriquina, Talcahuano, Chiguayante, Santa Juana, Laja, Cañete, Yumbel, la costa, el cerro Caracol y –nuevamente– el río Biobío.

Las propuestas involucraron acciones, intervenciones, derivas y encuentros, que agrupamos en 12 ejes curatoriales relacionados entre sí: Desenlazar-Ritualidad; Historia-Narrativas; Memoria colectiva-Violencia política; Paisaje-Territorio; Biografías-Homenajes; Postdictadura-Sociedad. Varias implicaron –nuevamente– la relación cuerpo / ciudad desde la irrupción poética, lo incómodo o lo anómalo. Poner el cuerpo en el transitar cotidiano es aún necesario y más que nunca tal vez. Se abordó visiblemente la necesidad de re-conexión con la naturaleza como territorio amenazado, siendo especialmente constante la presencia de un sustento colectivo, colaborativo y participativo a través de actividades de carácter comunitario, de espacios de conversación, de acciones que implicaron, por ejemplo, caminar a través de un bosque, la presentación de archivos audiovisuales, el intercambio de fotos personales de la época, o el simple hecho de juntarse a pintar un mural.

Sin implicar a grandes públicos, sino la presencia acotada de quienes se sentían llamados/as a estar en el momento, las reflexiones, metáforas e imaginarios que se levantaron nos han removido desde una suerte de micropolítica, de lo íntimo a lo social.

Las marcas en el paisaje permanecen; los lugares y las víctimas reaparecen, nunca se han ido, no han sido olvidadas; los relatos están aún vivos. Aún no se ha hecho justicia. Como si no hubiésemos llorado lo suficiente ni tampoco compartido lo suficiente el peso y el dolor de esta memoria. ¿Hasta cuándo? Mientras el tiempo avanza, las madres se mueren y nace una nueva generación, nos queda la persistencia de recorrer los mismos lugares, de volver a ocupar los espacios en disputa por el poder, de recordar, de entretejer, enlazar, de relatar y nombrar, de vociferar, de volver a decir para volver a sentir, siendo para ello las prácticas artísticas una herramienta especialmente poderosa.

Bibliografía de referencia

Fernández, Leslie, Carolina Lara y Gonzalo Medina. *Concepción, te devuelvo tu imagen. Resistencia cultural 1972-1991*. Concepción: Almacén Editorial, 2022.

Muñoz, Cristian y David Romero. *La puesta a prueba de lo común. Una aproximación a los discontinuos trazos de la dimensión colectiva en el arte contemporáneo penquista*. Concepción: Plus Ediciones, 2014.

Peña, Miguel, Rebeca Olea y Manuel Saldía. *Lugares pencopolitanos. Memorias en dictadura*. Concepción: Nómada Sur Ediciones, 2018.